EL TEATRO

A. HERNANDEZ-CATÁ

# LA NOCHE CLARA

50 CENTIMOS

PRENSA MODERNA

# LA NOCHE CLARA

EL TEATRO
REVISTA SEMANAL
AÑO I. 19 DICIEMBRE 1925 NÚM. 12

A. Hernández Catá

# LA NOCHE CLARA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro del Príncipe,
de San Sebastián,
el 3 de septiembre de 1925

PRENSA MODERNA
MADRID

Y. OVLAN

EN EL PRÓXIMO NÚMERO

# La virtud sospechosa

POR

JACINTO BENAVENTE

PORTADA DE

RIBAS

CARICATURA DE

SIRIO

IMP. SÁEZ HERMANOS
NORTE, 21. - MADRID

A. HERNANDEZ CATA

# REPARTO

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| Ella | Sta. Josefina D. de Artigas |
| Él | Sr. Santiago Artigas |
| La madre de ella | Sta. Isabel Zurita |
| La madre de él | Sta. Concepción Díaz |
| La madre | Sta. Elena Rodríguez |
| El padrino | Sr. M. Díaz de la Haza |
| El amigo | Sr. Fulgencio Nogueras |
| La visita | Sra. Ragel |
| El ángel | Sta. Carmen Ortega |
| El patriota | Sr. Ragel |
| El mendigo | Sr. Alemán |

Epoca actual. La acción de los dos primeros actos, en Madrid; la del tercero, en una ciudad colonial africana. Las indicaciones del diálogo corresponden a los lados del actor.

# ACTO PRIMERO

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/lanocheclaracome1115hern

# ACTO PRIMERO

En Madrid. Sala burguesa: muebles nuevos, lujo mediocre. Al fondo, balcón y puerta tras la cual se ve el recodo del pasillo, que lleva a la salida del piso. En ambos lados, en distinto plano, puerta que comunica con las demás habitaciones. La chimenea rompe, al fondo y junto al balcón, el ángulo de la izquierda. Es de noche.

*(Al empezar la acción, La Madre de Ella, cuarenta y siete años, afeites y vestidos que parodian la juventud; La Madre de El, cincuenta años, traje negro, como de tela de sotana, y La Visita, una señora insignificante, que se pone de pie al decir las primeras palabras, terminan una conversación.)*

M. EL. ¿Se va usted ya?

VISITA. Sí, aun he de hacer otra visita... Mi marido dice que la vida social es una especie de trabajo forzado que a nadie aprovecha. Ea, adiós, y conste que esta salita está preciosa.

M. ELLA. Fué a gusto mío.

M. EL. Otro día verá usted el comedor, que fué el mío. Cada suegra puso media casa.

M. ELLA. Le tiene usted una afición a la palabra suegra...

VISITA. Lo importante es que la casita sea jaula de pájaros felices. Vaya, buenas noches. *(A La Madre de El.)* Usted, hasta el jueves que habrá novena. *(A La Madre de Ella.)* Y usted hasta... Como sólo se la ve en tes y teatros...

M. ELLA. Vicio que me ha quedado de cuando llevaba a divertir a mi chica.

VISITA. Hasta pronto, pues.

M. EL. Yo la acompaño. *(La Visita, seguida de La Madre de El, sale por el fondo. En cuanto se queda sola, La Madre de Ella va hacia la chimenea, recoge dos cojines, bajo los cuales hay*

*cacharros rotos, y acercándose a la izquierda, llama.)*

M. ELLA. ¡Hija!... ¡Hija!... *(La Madre de El regresa por la puerta del fondo.)*

M. EL. No vendrá; está encerrada en su cuarto, con llave. Ahora es la costumbre.

M. ELLA. Ya habrá usted comprendido que lo de los pájaros felices era con segunda.

M. EL. Lo raro es que desde mucho antes no haya empezado a murmurarse. Que no se llevan bien salta a la vista.

M. ELLA. Todos los esfuerzos de usted y todos los míos, para esto.

M. EL. Y que los de usted fueron terribles.

M. ELLA. Pues los de usted para averiguar que mi chica heredaría a su padrino...

M. EL. ¿Quiere usted ofenderme?

M. ELLA. Defenderme, nada más. Las dos nos equivocamos y eso es todo. Si yo he venido después de dos meses de no pisar esta casa, es porque mi hija me ha mandado llamar.

M. EL. Yo no creo tener necesidad de justificar mi presencia en casa de mi pobre hijo. *(Un breve y colérico silencio. Por la derecha llega El, veinticuatro años, elegancia rebuscada, ojos y ademanes un poco desorbitados por el alcohol, y El Amigo, treinta años, habilidad y cautela suficientes para su pequeña vida.)*

EL. Buenas noches, mamá... También yo estaba encerrado, para no ser menos. *(Al ver a La Madre de ella.)* Ah, está usted ahí... Buenas noches.

AMIGO. Yo le aconsejaba, como ustedes supondrán.

M. ELLA. Ya, ya...

EL. Claro... Cuando uno se casa y ya no tiene una madre que le aconseje a diario, necesita un amigo... El quid está en acostumbrar a la mujer desde el primer día. Si uno se deja mangonear, es hombre muerto. El catecismo es éste: salir todas las noches y no volver hasta

la madrugada, no interrumpir ninguna de sus relaciones de soltero... y, sobre todo...

M. EL. ¡Cállate!

EL. Dame un beso, mamá. ¿Ella ha dicho algo? ¿No? ¡Por mí que lo diga! Dame un beso. *(Mientras El se inclina para besar a su madre, El Amigo se acerca a La Madre de Ella y le dice.)*

AMIGO. Yo quisiera que usted hiciese comprender a su hija, a quien desde hace tanto tiempo quiero y admiro, que si yo...

M. ELLA. No hace falta.

M. EL. *(En voz baja a su hijo.)* Has bebido; eso no me gusta.

EL. Para olvidar, mamá... No quedaban en la botella más que unos sorbos... Creo que ella lo ha derramado a propósito... para fastidiarme... ¿Tienes dinero ahí?

M. EL. *(Defendiendo el bolso que El concluye por arrebatarle.)* Estate quieto... Ve mañana a casa y te daré algo... ¡Deja!

M. ELLA. *(Al Amigo.)* ¿Ve usted?... Lléveselo, lléveselo de mi presencia, hágame el favor.

AMIGO. Dígale a su hija que lo hago por ella. *(A El.)* Vamos, tú, que nos esperan en el Círculo... Buenas noches, señora... Buenas noches... Vamos. *(Salen El y El Amigo. Las dos mujeres quedan solas otra vez. Hay un nuevo silencio, que La Madre de Ella rompe en tono sarcástico.)*

M. ELLA. Mucho tendrá usted que rezar para olvidarse de la desgracia de su pobre hijo.

M. EL. Y usted mucho tendrá que divertirse para que no le remuerda haber hecho de su hija una mujer inútil, incapaz de ver el buen fondo que hay en él.

M. ELLA. Mejor es que hablemos así. ¡Fuera caretas! Al fin y al cabo, un día u otro habíamos de decirnos las verdades.

M. EL. Yo nunca he tenido careta, señora, porque no

gusto, como usted, de los carnavales; y mi verdad no es más que una.

M. ELLA. Pues las mías, muchas: ¡Que he sido engañada; que de haber sabido que su hijo era tan... distinguido, tan buen catador de licores, y tan enemigo de toda clase de trabajos!...

M. EL. ¡Basta, señora!

M. ELLA. Mejor será. Aunque haciéndome violencia, porque ya sabe usted que la dichosa boda casi ha cortado nuestra amistad de tantos años, iré a ver a quien librará a mi hija de esta iniquidad.

M. EL. Ah, sí, el famoso padrino del timo de la herencia. ¡Ya me dijo el padre Sebastián que desconfiara!

M. ELLA. ¡Ojalá no lo hubiera desoído usted!

M. EL. Recuerde que la prisa no fué mía, y sepa que hay quien dice que a usted le urgía librarse de "mi infeliz nuera" porque le hacía sombra en los salones.

M. ELLA. ¡Y usted de su hijo por...! *(La Madre de Ella está roja bajo el colorete; pero se contiene con rabioso esfuerzo; va hasta una de las paredes y oprime un timbre.)*

M. EL. Tiene usted razón: no vamos a dar un espectáculo. Bastante hay con los dos que dan a diario los chicos. *(Señalando la porcelana rota.)* Mire usted.

M. ELLA. ¡Pobre hija mía! *(Aparece en la puerta de la derecha La Madre—cincuenta años robustos, el alma popular sale a sus ojos francos, a sus ademanes y a sus palabras. Es la criada del nuevo matrimonio.)*

MADRE. ¿Mandaban las señoras?

M. ELLA. Dígale a mi hija que quiero verla, hágame el favor.

MADRE. La señorita, con perdón, no *quié* ver a nadie antes de que venga su padrino, que lo he *llamao* yo por teléfono.

M. ELLA. Pero, ¿pasa algo grave? ¿Está mala?

MADRE. Mala mismamente, no. Esta mañana tuvo otro mareo... Total, *na*.

M. ELLA. Haberme avisado, mujer.

MADRE. Como la señorita no estaba segura de si vendría la señora o no...

M. ELLA. Si ayer no vine, fué porque llegó el recado tarde; y como era día de abono... *(La Madre ha ido a tapar cautelosamente la porcelana rota, y se vuelve al oír a La Madre de El.)*

M. EL. No se moleste en disimular, que ya lo hemos visto.... Mala casa le ha caído a usted, ¿verdad?

MADRE. ¡Pchs!... Peores las hay. Si una fuera cómo es, ésta sería buena, porque casa donde la señorita necesita *to* su tiempo *pa* llorar, es c[illegible] donde no se hace bien la cuenta. Ahora que una...

M. EL. No se queje de su suerte si no sabe lo [illegible]e es ser madre.

M. ELLA. Eso, sí.

MADRE. ¿Que no sé lo que es ser madre? ¡Ay qué gracia! Las señoras han *tenío*, con perdón, uno *ca* una, ¿no es eso? Uno, y comodidades, y su buena libreta en el Monte o en el Banco, si a mano viene... ¡Yo, ocho *pa* mi sola!... Sin contar los que no hay que contar! Ocho, y lavando en el río antes del mes de traer al mundo algunos. Yo sola *pa tos*, con estos brazos, porque los padres—son de tres padres, cosas de la vida—, ninguno me valió *pa na*.

M. ELLA. ¡Ocho hijos! ¡Qué enormidad! Igual que en los tiempos antiguos.

MADRE. Pero ya hombres y mujeres, señora; y *tos casaos* o como quien dice, ¡por éstas!

M. EL. *(Interesada.)* ¿Y con tantos hijos tiene usted que servir? No comprendo.

MADRE. Mejor servir aquí, que estorbar allá. Al crecer y, sobre *too*, al querer, *ca* uno es *ca* uno, y hay que dejarlos. Mi segundo... no, mi tercer *mario*, que en cuanto bebía un poco tenía mucho de aquí, lo decía: "Mujer y hombre jóvenes, con la puerta *trancá* y sin testigos, siempre se entienden."

M. EL. *(Santiguándose.)* ¡Jesús María!...

M. ELLA. Sí que era filosófico su tercer marido.

MADRE. Voy, con permiso, que me parece que han *llamao. (Sale La Madre. Las otras dos quedan solas y van a hablar alternativamente, pero se contienen temerosas de ir demasiado lejos. Casi en seguida aparece en la puerta del fondo El Padrino. Viejecito a quien los años han encorvado un poco, sin apagarle el brillo sagaz de la mirada.)*

PADRI. *(Al ver primero a una y luego a la otra dama.)* ¡Ah, usted!... ¡y usted!... Buenas noches. ¿Y mi ahijada?

M. EL. No me pregunte usted a mí. Y como ustedes, que parecían irreparablemente distanciados, van sin duda a reconciliarse con tan triste ocasión, vale más que yo...

PADRI. ¡Oh, señora!...

M. ELLA. *(Al padrino.)* Aunque tarde, reconozco que tenía usted razón al oponerse a esta boda estúpida. ¡Y pensar que dejó por él un hombre como Santiesteban, rico y de una familia de lo mejor! Ya van no sé cuantos disgustos.

M. EL. *(Con rabioso sarcasmo.)* ¡Sin duda, provocados todos por mi hijo!

M. ELLA. ¡No, por mi hija!

PADRI. Si ustedes no se calman... *(A la Madre de El.)* He de decirle que mi desaprobación, no mi oposición, era no tanto por lo que desconocía de su hijo cuanto por lo que conocía de mi ahijada.

M. ELLA. *(Levantándose.)* ¡Esto sólo me faltaba oír!

PADRI. Claro que apenas lo hubiera conocido a él, y ya empiezo a conocerlo por referencias, me habría opuesto igual por los dos. *(La Madre de El se levanta también airada.)* No se exalte usted.

M. EL. Pues para evitarlo, si ustedes me lo permiten...

PADRI. Señora...

M. EL. ¡Es inútil después de sus palabras! Buenas noches... No se molesten. Sé muy bien la salida. *(La Madre de El, sale. El Padrino va tras ella hasta la puerta, y desde allí se vuelve*

*hacia La Madre de Ella, con un gesto de reconvención.)*

PADRI. Yo también me he equivocado; creí que esto tardaría siquiera un poco más.

M. ELLA. Y ahora, claro, ¡a bañarte en agua de rosas!

PADRI. No es ocasión de discutir, sino de remediar lo que se pueda.

M. ELLA. Y el mejor remedio ha sido desentenderte de nosotras y decir que anulabas el testamento, para enfurecer a ese sinvergüenza. ¡Es un mal hombre, un mal hombre!

PADRI. Es sólo un mal títere, su hijo; como ella es una mala muñeca, tu hija.

M. ELLA. Sí, claro... Ahora que ya una es casi vieja, discursos, cuando no desprecios. No eras así antes... Ojalá lo hubieras sido y hoy no tendríamos esta preocupación... Anoche, en el teatro, no se me apartaba del pensamiento.

PADRI. No vayas a llorar... Tu llanto, que ha sido tu gran arma contra mí, no haría hoy más que quitarte el colorete... ¡En el teatro!... Sin duda no hay sitio más a propósito para preocuparse de una hija. ¡Es ridículo... ridículo y culpable!

M. ELLA. Ahórrame palabras desagradables, hazme el favor; si es que los años no te obligan también a ser desatento. *(Una pausa. El Padrino pasea nervioso. Al fin, se detiene, y dice:)*

PADRI. Nuestro deber es sacrificarnos por ella. Al principio, tú y tu consuegra os obstinásteis en dejarlos solos, y vino lo que vino; hoy os obstináis en no dejarlos, y sabe Dios lo que vendrá. Los habéis casado igual que si jugárais a los fantoches... Y lo que yo he querido precisamente...

M. ELLA. ¡Dí tú también que me estorbaba; que la he casado porque le tenía celos!

PADRI. ¿Quieres oírme? Un hijo no es una propiedad ni tampoco un espejo donde vernos jóvenes cuando ya no lo somos. Con ese dinero mío, cuya sola sombra ha bastado para que se fije en ella un cazador de dotes, seguirían siendo

títere y muñeca... Necesidades artificiales... Vicios artificiales... ¡No! Lo que yo he querido al desheredarla, es que se hagan hombre y mujer, no importa si buenos o malos; que se salven del único modo posible: por ellos mismos.

M. ELLA. Si me hubieras obligado a hacerte caso... La mujer necesita que se la obligue... Sí, que se la obligue con dulzura... Pero nos abandonaste, te desentendiste.

PADRI. Déjate de subterfugios, siquiera esta vez, que se trata de algo superior a nosotros. No sé concretamente para qué me ha llamado; pero sé que el remedio único a lo que sea, es cortarles los hilos de una vez, para que se caigan si no han de ser más que fantoches. *(En este momento, irrumpe en escena Ella. Veinte años, belleza y sensibilidad mal educadas, viene llorando; una venda le cubre la cabeza; su entrada es tan tumultuosa, que, cuando quiere darse cuenta, ya está en los brazos maternos, de los que salta en seguida a los del padrino.)*

ELLA. ¡Mamá!... ¡Mamá!... ¡Padrino!... No sabía que eran ustedes, por eso no he salido antes.

M. ELLA. ¿Qué tienes? ¿Qué es eso?

ELLA. *(Llevándose vivamente la mano a la cabeza.)* Nada, nada.

PADRI. Sí, ¿qué es? No nos tengas así. Dí le verdad.

ELLA. Nada, de veras... Un dolor de cabeza sólo. No pongáis esa cara.

M. ELLA. Quítate esa venda.

ELLA. No... Deja... ¡Qué gusto me da veros juntos, como cuando era niña! Me parece que estoy en mi casa como antes.

M. ELLA. ¡Hija mía! Tengo remordimiento de verte

ELLA. *(Abrazándola convulsa.)* ¡Mamá!

PADRI. Ea, serenidad. Vamos, cuéntame. Sin desfigurar nada, sin tomar por desgracia las contrariedades. Piensa que casi siempre, por malo que sea lo que nos suceda, no toda la culpa es de los demás... Piensa también que la primera condi-

ción para ser feliz, es no acostumbrarse a decir que se es desgraciado.

ELLA. *(Rompiendo a llorar.)* ¡Ay, padrino!... ¡Mamá! ¡Llévame a nuestra casa otra vez!

M. ELLA. ¡Vamos, sí, ahora mismo!

PADRI. ¿Está usted loca? *(A ella.)* No, ésta es tu casa; la que tú quisiste, con el hombre que tú quisiste. De marido no se puede cambiar como de novio.

ELLA. ¡Si yo no quiero cambiar!... ¡Lo que quiero es irme, no vivir más con él.

M. ELLA. ¡Y su madre que cree que en su vida ha roto el niño un plato!

PADRI. *(Señalando irónico, los cacharros rotos para evitar que noten su emoción.)* ¡Lo que es eso!

ELLA. El solo no fué, la verdad.

PADRI. No me lo tienes que decir. ¡Eres bien hija de tu madre!

ELLA. Ya vé cómo nos tiene que separar.

PADRI. ¿Y el escándalo?... Ahora ya no es cosa de capricho; hay que pensar un poco con la cabeza, ya que, por desgracia, no sientas con el corazón... *( A La Madre de Ella.)* Dígale algo usted.

M. ELLA. Supongo lo que dirían tus amigas.

ELLA. *(Ingenua.)* Eso sí... Por eso me contengo... Sobre todo por Chichita, que quiso quitármelo dos veces durante las relaciones, y se daría un gustazo.

PADRI. Es una gran razón. ¡Ni siquiera a saber sufrir sin ridículo te han enseñado!

M. ELLA. No le hagas caso. Ya sabes que él sermonea mucho; pero que es bueno... No me la angusties más. *(A ella.)* Déjame verte. ¡Tan preciosa y ya desgraciada! Todo te sienta bien, hasta esa venda. Pareces una princesa egipcia.

ELLA. *(Repentinamente alegre al través de sus lágrimas.)* ¿Verdad? Llorando y todo, dos veces he ido a mirarme al espejo.

M. ELLA. Eres mi mismo retrato de cuando yo tenía tus años .

ELLA. Tú debías de ser mucho mejor, sí. La señora esa que tiene la hija jorobada, me lo dice siempre. ¿Estaba anoche en el teatro? No faltan a nada... Da asco.

M. ELLA. Haciendo combinaciones y llevando los abonos a medias, ya se puede.

ELLA. Dicen que ella es una loca perdida.

M. ELLA. Loca, no. Lo otro. *(Las dos rien. El Padrino, que ha estado detrás de ellas, asombrado por el sesgo de su charla, interviene.)*

PADRI. ¿Pero hemos venido para hablar de esto? ¿Es eso lo que tenías que contarnos tan grave?

ELLA. *(Rompiendo a llorar sin transición alguna.)* ¡Soy muy desgraciada!

PADRI. *(Irónico.)* La mujer más desgraciada del mundo.

ELLA. Sí, eso... Quiero que me metáis en un convento; vestir de hábito, del de la Concepción, que es tan lindo; quiero no ver a nadie más que a vosotros y a algunas amigas.

M. ELLA. Yo soy la autora de tu desgracia.

ELLA. ¡No, yo, que me empeñé en quererlo, porque no le conocía!

PADRI. No discutáis por eso: las dos. *(A ella.)* ¡Y yo que me asusté al recibir tu recado! Vamos a ver, contesta. ¿Es que ya no le quieres, que ya no te parece elegante?

ELLA. ¡Eso, sí!

PADRI. ¿Es que te trata mal? *(Ella baja la cabeza.)*

M. ELLA. Eso sí que no lo consiento. Con las uñas soy capaz de sacarle a su madre los ojos.

PADRI. ¡Calle usted! *(A ella.)* Habla claro, tú. La última queja que me diste es que te exigía que no pidieses dinero, que salía todas las noches, que te obligaba a invitar a diario al amigote ése, que te dijo dos o tres palabrotas. ¿Qué ha pasado después?

ELLA. ¡Después!...

M. ELLA. Cuéntanoslo todo.

ELLA. *(Tras de un momento de titubeo.)* ¿Por qué

vinisteis juntos? A ti quisiera contarte una cosa y a ti otra.

PADRI. ¿Verdades las dos?

ELLA. Lo juro... Pero lo que quería decirle ayer a mamá, era a ella sola.

M. ELLA. Ya volveré, hija... O ven tú a casa, y así no damos un cuarto al pregonero. Hoy se me ha hecho ya tarde.

PADRI. ¡Me voy! Yo también me voy. Puesto que necesitas vernos por separado, vendré mañana, si es que de aquí a allá no te has convertido en la mujer más dichosa del mundo, y no me necesitas.

ELLA. *(Con mimo.)* ¡No te enfades!

M. ELLA. Yo me voy con usted y así me lleva en el coche. Supongo que ya somos amigos.

ELLA. ¿Verdad que vendréis mañana? Sólo veros, y ya me parece que no sufro. El no es malo; tiene su genio, y las compañías además, pero no es malo.

PADRI. Más vale así.

M. ELLA. Con la educación que ha tenido, no iba a resultar un patán.

PADRI. ¡Ojalá lo fuera; pero no de los de ristra de ajos en la boca, sino de los de vara de fresno en la mano!

M. ELLA. No le hagas caso.

ELLA. *(Volviendo a gimotear otra vez.)* ¡No, sí!... ¡Sí soy muy desgraciada!... ¡Sí quiero separarme!... ¡Si esto no es vivir!... ¡Ah, si supiérais!

PADRI. Mañana hablaremos a solas. *(En voz baja.)* ¡Ojalá te quede dentro de ti marca de esa jaqueca! No creas que a mí me engañas como a tu madre.

M. ELLA. Lo que es a mí... Dame un beso... *(Al besarla extremosamente, la oprime la cabeza y Ella deja escapar un quejido.)*

ELLA. ¡Ay!...

M. ELLA. ¿Qué es?

PADRI. Que le duele mucho la cabeza y le ha apreta-

do usted... Vamos, vamos. *(Salen por el fondo. Cuando desaparecen, La Criada entra por la derecha, va hacia el balcón, lo abre, y saca de él los restos de la maceta. Ella vuelve, y creyéndose sola, se quita la venda, dejando ver un tafetán rojizo pegado en la frente. Luego apaga la luz de la sala, que queda alumbrada sólo por la del pasillo de salida, y se deja caer en un sillón.)*

MADRE. No se eche usted a perros, señorita.

ELLA. ¿Qué?... ¿Qué quiere usted?

MADRE. Querer, *na.*

ELLA. Pues vaya dentro; ya le dijo mi madre aquel día que no se metiera en nuestras cosas. *(La criada va lentamente hasta la puerta de la derecha, adonde llega cuando Ella, quebrantada por el esfuerzo, rompe a llorar.)*

MADRE. *(Acercándose.)* No llore así... No llore así...

ELLA. Perdóneme.

MADRE. Eso se lo ha hecho él, *¿verdá?*

ELLA. ¡El!

MADRE. ¿Y *usté* se ha *aguantao?*

ELLA. Me quedé aturdida... Hasta ayer sólo habían sido malas palabras, amenazas... y de pronto, porque creyó que había derramado a propósito el coñac...

MADRE. ¡Unos por coñac y otros por tinto, *tóos* iguales! ¡Las que no somos iguales, somos nosotras! ¿Ha *hablao usté* ya con su gente?

ELLA. No... Vinieron juntos. A mi madre no quería darle ese disgusto; quería hablarle de otra cosa... A mi padrino, sí.

MADRE. ¿Y la señora no ha *adivinao* de lo que iba *usté* a hablarle?

ELLA. No. ¿Cómo iba a adivinar?

MADRE. Adivinando... ¡Con las entrañas, que adivinan más que la cabeza! Ninguna hija mía ha *tenío* nunca que decirme lo que le iba *usté* a decir. *(Ella se incorpora y la mira con ojos atónitos.)* ¡*Pué* que tenga miedo de ser abuela!... No

me haga hablar con esos ojazos *asustaos* que preguntan.

ELLA. Hable, sí... hable.

MADRE. Pues déme la cuenta *pa* decirle, sin que sea falta de respeto, lo que nunca *l'han* dicho.

ELLA. ¿La cuenta?... ¿Usted también me va a dejar?

MADRE. ¡Casar una pipiola así es un contra Dios! *Usté* es tan mujer como yo fraile, ¿estamos? *Usté* está *pa* jugar con montocitos de arena, que no siquiera *pa* jugar con muñecas, que ya necesita su con qué... ¿Y su bendita madre no le notó el golpazo sólo por el aquel de la venda? Vamos, ¡ciega es! ¡Si ha de ser *usté* madre igual que ella, más vale que se quede en el trance!

ELLA. ¡Calle, por Dios!

MADRE. Ya estoy *callá*.

ELLA. No, siga... siga.

MADRE. Si vuelve *usté* a dejarse pegar, ¡le juro que!... Y no me venga la *lilaila* de que luego son mejores las paces, ¡no! Si es *usté* como una *cuñá* que yo tuve, que necesitaba desayunar con mojicón y comer con galletas, allá *usté;* pero la que no defiende *dende* antes de nacer lo que lleva dentro, es peor que las fieras... Déme *usté* la cuenta si he *faltao*.

ELLA. ¡Ah, si fuera verdad!

MADRE. Quítese con una buena friega el colorete de la cara, y mírese después al espejo, verá el color de amarilla, que no engaña.

ELLA. ¡Tener un hijo!

MADRE. ¡Ya se sonríe *usté!*... Tener un rorro, igual que una bolita de carne viva y arrullarlo y besarlo hasta que haga pucheros, y enseñarlo... como no la han *enseñao* a *usté*...

ELLA. ¡Un hijo!... Y llevarlo entre encajes de lo mejor... Y que todas mis amigas me tengan envidia... ¿Por qué no me ha hablado usted antes? Yo había tenido una sospecha, casi un miedo... Ahora, oyéndola, se me vuelve una esperanza... Anteanoche soñé que se lo decía muy bajito a

mi madre... Por eso la mandé llamar. Y a él también se lo decía. Pero él era de otro modo... bueno, como un novio de novela o de cine. Háblele también a él... Aconséjele.

MADRE. *Naide* cambia por consejo... ¡Más que le dije a la perra de mi *cuñá* no iba a decirle, y cambió *pa* empeorar! *Usté* es la que *tié* que cambiar antes. *Ca* uno necesita en la vida un aquel que no sea sólo farolear y divertirse: la mujer, el hijo; el hombre, la ocupación o lo que sea... Sin mujer cabal, no hay hombre... Una no es *ná*, lo que se dice *ná;* pero el hombre *tié* que apoyarse en una *pa* no caerse en la vida. *(Acercándose maternalmente a Ella, que ha vuelto a hundir la cabeza entre las manos.)* Tú eres la que *tiés* que cambiar... Perdone; creí mismamente que le hablaba a una de mis hijas.

ELLA. ¡Oh, no!

MADRE. Como al llorar, *toas* las veces se parecen un poco.

ELLA. ¡Si se lo agradezco! ¡Si en la vida me han hablado así!... ¿Verdad que usted no cree que él sea malo, lo que se dice malo? Yo no le llevaré más la contraria... Me ocuparé de todo... Zurciré y hasta fregaré, que es lo que me da más asco en el mundo... ¡Si usted viera cómo lo quería antes!

MADRE. Y ahora más. Una necesita querer, y de eso *s'aprovechan* esos verdugos. Cuanto más al que nos da el primer hijo, que, aunque sea por malas, se lo quiere a cegar, cuando más rabia se le tiene.

ELLA. ¡Cuánto debe doler un hijo!

MADRE. El mejor dolor de la vida.

ELLA. *(Cogiéndole la mano y besándosela.)* Gracias... Desde lo de esta mañana, yo no hacía más que pensar en que el cepillazo—fué al tirarme el cepillo, yo me lo busqué por contestarle mal—, se me quedará marcado. Ahora ya no me importa. ¡Si viera cuántas noches esperándole, asomada a ese balcón, frente a la no-

che negra, yo tenía como un arrepentimiento de no sé qué!... Pero una sola no sabe encontrar las cosas... Prométame que le hablará también a él.

MADRE. *Pa* él *toas* mis palabras serían *tirás*... A *usté* con no decirle *na*, le he dicho lo preciso, porque he *sío* siempre muy madre, y *usté* lo va a ser... A él ha de hablarle *usté*, y no sólo con la boca, sino con los ojos, con la acción, hasta callándose y tragándose las palabras *demasiao* fuerte, ¡que *pa* eso es el hombre! *(Suena dentro un timbre.)*

ELLA. ¡Ah!... ¿Será él?... Tengo miedo.

MADRE. ¿Se pone mala? ¿Quiere que vaya por un poco de *histérica?* ¡Tenga *reaños!*

ELLA. *(Sin entender.)* ¿Qué?

MADRE. Aguante, valor... ¡Piense en el hijo!

ELLA. Sí, sí... Encienda. *(La Madre obedece.)*

MADRE. ¡Jesús! Está tal que un difunto... ¡Sea mujer, que es *pa* lo que se necesita más valor en este mundo! Y si hace falta últimamente que le eche una mano y que vayamos *tóos* a la *Delega*, aquí estoy... No sería la primera vez.

ELLA. Vaya... vaya. ¡Gracias! *(La Madre, sale. Al quedarse sola, Ella se reporta, y cuando se vuelve hacia la puerta del fondo, El Amigo está en el umbral.)*

AMIGO. ¿No ha venido?

ELLA. ¿El? No.

AMIGO. Por fortuna pude adelantarme... A pesar de todos mis esfuerzos está tremendo. La presencia aquí de su madre de usted le excitó mucho, y como ha seguido bebiendo...

ELLA. Desde ayer no hace otra cosa.

AMIGO. Y eso que yo derramé más de la mitad de la botella... Pero como ha perdido mucho en el Círculo y las deudas de honor no tienen espera... Claro, que no lo digo por la tontería que me debe a mí. Pero al señor Santiesteban le debe un pico. Para usted esto no es vida, no la merece usted.

ELLA ¡Quién sabe!

AMIGO. No, no... Vivir con un hombre que huele siempre a vino debe ser horrible... Si no he querido nunca ni fumar, ha sido por eso. ¿Le hace daño todavía... la caída?

ELLA. *(Poniéndose presurosa la venda.)* No, fué poca cosa... Nada.

AMIGO. Y menos mal que le dió cerca del pelo y no se verá la cicatriz... ¡Desfigurar a una mujer de su mérito! Perdone usted si la indignación...

ELLA. No sé qué quiere usted decir.

AMIGO. Que sé muy bien cómo fué el golpe.

ELLA. Una caída... Eso es lo único que puede y debe usted saber... Di un mal paso y me hicieron un poco de daño... Así cuidaré de no dar otros.

AMIGO. Sin duda... No creo que vaya usted a dudar de mi amistad. Y...

ELLA. Gracias. Voy a llamar a la criada para que lo acompañe. Usted sabrá, de seguro, donde encontrarlo, y me hará el favor de decirle que le suplico que venga; que quiero pedirle perdón; que él es quien manda y yo tengo mucho gusto en obedecerle en todo, en todo; y que... *(Dice las últimas palabras entre lágrimas contenidas, y se interrumpe al ver aparecer y avanzar por el fondo a El, que viene aún más excitado que antes.)*

EL. Creías que ibas a darme esquinazo, ¿eh? *(Al Amigo.)* A mí no hay quien me engañe. *(A Ella.)* Díle a la bruja de tu madre que salga, que quiero cortarle las orejas.

AMIGO. Deja eso ya.

EL. ¡Vaya si se las corto! Y la lengua también... Y quedará perfectamente, no creas... Le hago un favor... Debes darme las gracias.

ELLA. Cálmate.

AMIGO. Vamos, ten consideración a tu mujer.

EL. *(Sacando una botella del bolsillo.)* Y traigo una botella de coñac enterita para que no me la vuelvas a derramar. Este te vió.

AMIGO. ¿Yo?

ELLA. *(Amargadamente.)* No se preocupe usted.

EL. ¡Que salga!... Quiero cortarle las orejas... De dos golpes: ¡Zas!.. ¡Zas! *(A Ella.)* ¿Te duele el chirlo? Echate un poco de coñac y verás... Mano de santo... El que quiera cortarle a tu madre las orejas no importa para que sienta haberte estropeado a ti el físico... No empece... ¿Se dice no empece? Empecer... Yo empezo, no: yo empiezo, tú empieces, él empie... *(Se deja caer en un sillón. El Amigo, que ya está cerca de la puerta, hace gestos de lástima, buscando la aquiescencia de Ella, que oprime el timbre, y cuando aparece La Madre, ordena brevemente:)*

ELLA. Acompañe al señor.

AMIGO. Claro que yo me explico su contrariedad, que yo...

ELLA. Buenas noches.

AMIGO. Sin duda, cuando pasen los nervios, usted se hará cargo de su...

ELLA. Buenas noches.

AMIGO. Un admirador de tanto tiempo, no merece...

MADRE. *(Empujándole con mal contenida violencia.)* ¿No ha oído usted decir que buenas noches? *(El Amigo y La Madre, salen por el fondo. Entonces Ella se acerca a El, lo contempla con larga mirada de ternura y sale un instante por la izquierda. De nuevo a su lado, busca en vano el pañuelo, se quita la venda, la impregna en el agua de colonia que ha ido a buscar y se la pasa a él por la frente. El respira varias veces con ansia.)*

ELLA. Ven frente al balcón; el fresco te hará bien.

EL. Me hace daño la luz. *(Ella apaga la luz de la sala y cuando va a apagar la del pasillo de salida, El dice:)* No, del todo no... Lo oscuro del todo me da miedo. Deja aquella... Así. *(Después de arrastrar el sillón hasta colocarlo frente al balcón abierto, Ella queda trémula, sin saber qué decir. El se intranquiliza.)* ¡Qué negra está la noche! ¿Dónde te has ido?

ELLA. Si no me voy... ¿Cómo estás? *(Tras una pausa en que espera en vano su respuesta.)* ¡Tú no resistes beber así! ¡Yo sé que te obligan a beber!... ¿Te sientes bien? *(Creyéndole traspuesto, va de puntillas hasta la mesa para esconder la botella de coñac. El se incorpora violentamente.)*

EL. ¡Deja eso!

ELLA. Si es que te hace daño... Si es por tu bien.

EL. ¡Que lo dejes he dicho!

ELLA. Ya está. No te incomodes.

EL. Si me incomodo o no, no es cuenta tuya.

ELLA. Claro, sí.

EL. Y no me vengas con hipocresías. Si crees que la visita de tu madre se va a quedar así...

ELLA. Le diré que no vuelva.

EL. ¡No me dés la razón! La razón se les da a los borrachos. No creas que soy tonto. ¿Entiendes? *(Ella, sin atreverse a responder, asiente con una inclinación de cabeza.)* Si piensan el famoso padrino y tu madre, que me van a manejar igual que a un pelele, están frescos... Mañana tempranito voy a verles y pondremos las cartas sobre la mesa. ¿Es que te opones?

ELLA. No, no... Pero cálmate ahora.

EL. Tenerlo a uno como en una casa de huéspedes, con dos duritos para tabaco en el bolsillo... ¡Vamos!... ¡Esto es una estafa! Yo no me casé para esto.

ELLA. Me haces mal... No digas esas cosas.

EL. ¡Digo lo que quiero! Las verdades escuecen... Pásame más colonia por la frente. *(Ella, que se ha alejado un poco, se acerca sumisa. El, mirándola de pronto fijamente, añade:)* Tiene razón ése: te pareces a La Rosalito... En decente, claro... Con menos gracia... ¡Todavía, si se muriese tu madre!

ELLA. ¡Cállate!

EL. Y sobre todo, tu padrino, que es el de la guita... A mí no me la dan... Si se viniera mañana a razones, y yo pudiera salir del atranco

del Círculo, aún podríamos arreglarnos... Veintidós voladas sin darse la tercera docena, ¿has visto tú cosa igual?

ELLA. Yo, no... ¡No le pidas dinero! No quiero que parezcas lo que no eres... Tú eres bueno... El día de mañana, a lo mejor, si tenemos un hijo, alguien puede irle a hablar mal de ti por estas cosas... ¡Si me quieres, o me has querido algo, no se las pidas!... Vende mi collar.

EL. ¡Tu collar!... ¡Tiene gracia!... Te habrás creído que es bueno tu collar!... ¡Estupendo!... Quince duros de empeño... Oirán las verdades del barquero él y tu madre. Y les diré clarito, lo que todo el mundo asegura: que también te pareces mucho a tu padrino, ¿estamos?... ¡Tu collar! El bueno lo tendrá en su caja de caudales, si es que existe... Responde... Di siquiera algo... ¡Ponte otra vez respondona como esta mañana!... ¡Aquí de las mujeres valientes!... ¡Ah, te callas para pincharme más!... Pero sé que estás ahí pensando horrores... De mí, no me importa, pero de mi madre... ¿Alguien se ha atrevido a murmurar de mi madre porque sea beata? Tu madre que se pinta los labios como una mona, se ha atrevido a decir algo de... ¡Habla!... ¡No te calles así! ¡No te calles, o...! *(Se levanta amenazador y va hacia Ella. Ella, que ha estado haciendo esfuerzos para contenerse, al verlo avanzar, se yergue enloquecida, se protege el vientre con un brazo, coge la botella, y grita:)*

ELLA. ¡No me toques!

EL. ¿Eh?....

ELLA. ¡Que no me pegues!... No es por mí... ¡Yo ya no me importo!... Ya no... Ya no... ¡Ya no! *(Desarmado por la sorpresa, El deja caer los brazos, mientras Ella se derrumba en uno de los sillones, sacudida por profundos sollozos.)*

TELÓN

# ACTO SEGUNDO

# ACTO SEGUNDO

En la misma. La chimenea encendida delata el invierno. Ha transcurrido cerca de un año desde el fin del acto anterior, y en los muebles se perciben las huellas del tiempo y del desorden. Empieza la acción a media tarde.

*(La Madre entra por la derecha, y se sorprende al ver que Ella, con el sombrero puesto, se da, ante el espejo, los últimos toques de coquetería.)*

MADRE. Pero, ¿se va usted? *(Ella responde con un ademán afirmativo.)* ¿Con la nenita enferma? ¿Después de lo de ayer?

ELLA. Después de lo de ayer, sí, precisamente; para que nadie vaya a creer que yo di el menor pretexto a la riña con Santiesteban, quiero dar una vuelta por la tómbola de niños pobres. Mamá me espera abajo, como siempre.

MADRE. Ya. En eso la madre del señorito le saca ventaja, y *usté* disimule. Esa *siquiá* sabe ser abuela. *(Tras un corto silencio.)*

ELLA. ¿El señorito sigue en su cuarto?

MADRE. *Tirao* en la cama y con la cabeza bajo la *almóha*. Ya tres veces me ha *llamao pa* preguntarme si vino su amigo. Era medio día *sonao* cuando entró.

ELLA. Claro, después de la tardecita que me dió ayer, ¡noche de juerga! Mira que celos a estas horas... Y precisamente de Santiesteban, que es uno de los pocos hombres correctos que he tratado. *(Queriendo fingir que no advierte la actitud reprobatoria de La Madre, avanza hacia la salida del fondo: pero, ya en la puerta, vuelve la cabeza y entonces La Madre le suplica:)*

MADRE. Señorita, ¡no salga *usté!*... Mire que la pitusa está mal; que yo sé más que el médico. Y haga que su madre suba y se deje de *tombólas* y de niños pobres, que de chicos *tos semos* pobres, si no tenemos quien nos cuide.

ELLA. No siga; ya me sé de memoria la monserga: "Que me eche el pelo para atrás, que me encierre entre cuatro paredes, que pague yo las culpas de tener el marido que tengo." ¡No y no! Y mire: usted sabe que la aprecio; pero si ha de estar siempre con esa cara de fiscal, más vale que se vaya. Su sueldo lo gana en cualquier parte.

MADRE. ¡Si yo *tuviá* vergüenza ya no estaba aquí! Y no me quedo por *usté*, que *dende* que empezó a trampear con el biberón, *pa* poder salir a *toas* horas y ser otra vez la mariposa alocá de antes, terminó *pa* mí ¡Bien que me engañó, que me creí talmente que a pesar de no ser yo santa había hecho un milagro! Por haber recibido en estos brazos a la mocosita, que ya parece que me conoce, aguanto y me repudro.

ELLA. Vaya, quédese con su sermón. Hasta después. *(Mientras la criada habla, Ella taconea impaciente, y al fin se va presurosa por el fondo. La Madre, dando mudas muestras de cólera, cruza la escena y va a salir, por la izquierda, cuando El entra por la derecha. Viene demudado, receloso, y se deja caer en uno de los sillones próximos al hogar.)*

EL. ¿No han llamado? Me pareció oir el timbre.

MADRE. Era el teléfono de la portería, señorito.

EL. Es extraño que no esté ya aquí. *(Después de una pausa.)*

MADRE. *¡Pa* mí ese amigo de *usté* y el demonio, *to* son uno, con perdón y aunque le pique a *usté! (El permanece ensimismado, casi sin oirla. La Madre, que ha dicho la frase anterior con descoco, esperando el efecto, al ver que no lo tiene, va hasta la chimenea, coge una de las estatuitas que hay encima, y la deja caer con ademán deliberado. El apenas levanta la cabeza.)*

EL. No haga ruido, hágame el favor.

MADRE. ¡Si lo he hecho a propósito!... ¡Si también me he *metío* con su amigo a propósito! ¡Si quiero que me eche! ¡Usted, sí!... A ella le he *perdío*

el respeto, y me diga lo que me diga no me voy!

EL. *(Saliendo apenas de su languidez con penoso esfuerzo.)* Déjeme en paz, mujer. *(En la puerta de la izquierda aparece La Madre de El, sin ver a su hijo, se dirige a la criada.)*

M. EL. Gracias a Dios, la cabeza la tiene fresca y los ojitos no ha vuelto a extraviarlos. *(Al ver a su hijo.)* ¿Al fin diste señales de vida? Ya sabrás que tu mujer se ha ido de paseo como si tal cosa.

MADRE. Como si tal cosa, no.

M. EL. Me olvidaba de que estaba su defensora aquí.

MADRE. *(Refunfuñando.)* Yo defiendo a *to* el que no *pué* defenderse. Es mi costumbre.

M. EL. Y si no tuviera la de contestar, sería usted perfecta. Vaya al lado de la nena. *(Con dulzura.)* Vaya, que estando usted es como si estuviera yo misma. *(La Madre se va por la izquierda. La Madre de El se acerca solícita a su hijo.)*

M. EL. Estás preocupado... Ya verás como lo de la nena no es nada. Es que a los médicos les gusta asustar siempre... Pero le tengo ofrecida una novena a mi Virgen y ya verás...

EL. *(Interrumpiéndola sobresaltado.)* Creí que subían la escalera.

M. EL. Pero, ¿a quién esperas así? ¿Es que vas a volver a las andadas de los desafíos?... ¿Y por lo de ayer? Si ella ha cometido alguna imprudencia, a ella es a quien debes castigar. ¡Júrame que ni buscarás ni aceptarás un duelo!

EL. Ya no.

M. EL. *(Alarmada.)* ¿Qué quieres decir?

EL. *(Levantándose y yendo jadeante hacia el fondo.)* ¡Ah, al fin! *(En la entrada, aparece El Amigo, que, al ver a la dama, se detiene, sin disimular su enojo.)* Déjanos solos un momento, mamá.

M. EL. *(Al amigo, que esquiva la respuesta.)* ¿Verdad que no dejará usted que pase nada?

EL. ¡Déjanos!... *(Al Amigo.)* Díle que puede estar

tranquila... Que lo que tenía que pasar, ya pasó.

AMIGO. Ya lo oye usted. Le aseguro que puede confiar en mí para arreglarlo todo. No crea que la engaño.

EL. Anda... Yo mismo te llamaré en seguida... No insistas. ¡Ya me ves sano y salvo! Es sólo un momento. *(Llevada hasta la puerta de la izquierda por El, su madre sale, y los dos hombres quedan frente a frente: uno cauto, frío; el otro, estremecido por vibrante angustia antes de hablar obediente a una muda indicación de El Amigo. El se asoma a la puerta de la izquierda para cerciorarse de que nadie los aye.)*

EL. ¡Habla, por Dios!

AMIGO. Si no me escuchas con entereza...

EL. *(Después de un anhelante silencio.)* ¿Muerto?...

AMIGO. Todavía no, es decir, no lo sé... Pero dalo por muerto, y así ganamos tiempo, que va a hacernos falta.

EL. *(Volviendo a desplomarse en un sillón.)* ¡Qué horror!... ¡Tengo asco de mí!... ¡Tengo miedo de mí!

AMIGO. ¿Ahora con esas? El duelo ha sido de los mejor llevados, y la idea de comprometer a dos coroneles y a un político para que fueran sus padrinos, también fué una gran cosa. ¿Qué quieres?; la gente cree que todos los relojes que están en alto marcan la hora exacta... Ya viste si acerté a decirte que él mismo se clavaría en tu espada, sin necesidad de tirarte a fondo... ¿No ves que lo abofeteaste delante de ella? Todo el mundo sabe que habían sido novios. Tendrás bastantes de tu parte, no te apures: estamos en la tierra de Calderón.

EL. ¡Pero lo que yo sé... lo que yo sé!

AMIGO. ¿Lo que nosotros sabemos?... ¡Bah!, de casi nada se sabe toda la verdad. No te apures.

EL. Da frío oirte.

AMIGO. A lo hecho, pecho... y un poco de distancia. Es mi lema. *(Cambiando de tono.)* Un hombre enamorado es igual que un niño: por eso el plan ha salido tan bien. Si no hubiera estado loco por ella, ¿crees que hubiera llegado a prestarte tanto? Cuando le dije el inconveniente para el duelo de tu deuda con él, y le propuse que me la traspasara y que hoy le daría el cheque, me largó los recibos como un doctrino.

EL. *(Incorporándose con súbita ansiedad.)* ¿Dónde están? ¡Dámelos!

AMIGO. No los iba a llevar encima: me podían detener... Perderse.

EL. Los habrás roto al menos.

AMIGO. Los he guardado bien, que es mejor.

EL. ¡Es horrible!

AMIGO. Horrible lo de antes. Unos días más y alguien habría sentido la curiosidad de saber en qué gastaba tanto un hombre que no mantenía queridas, ni jugaba. No seas niño. Es preciso que continúes obedeciéndome a ojos cerrados, para bien de todos. Tú sales dentro de dos horas para París, ¿estamos?

EL. ¡No... no! ¡Déjame!

AMIGO. *(Repentinamente imperativo.)* ¡Sí!

EL. *(Casi en un gemido.)* Me haces mal.

AMIGO. *(Fríamente persuasivo otra vez.)* Hay que evitar la polvareda del primer momento. Un par de meses se pasan volando. Yo vendré a diario por aquí, puedes estar seguro... Y haré que tu mujer aprenda a estimarme. Sin duda en tu ausencia el célebre padrino aflojará los cordones de la bolsa, y si no ya buscaremos argumentos para que los afloje. Tú no has de confesar nunca la verdadera causa del duelo, y yo creo que tampoco; es decir...

EL. *(Levantándose en un arranque.)* ¡Yo la diré!

AMIGO. No seas necio.

EL. Si muere, la diré... Iré a entregarme.

AMIGO. Y deshonrarás tu casa, y matarás también a tu madre. ¡Obra completa!... Además, tú lo dirías

y te creerían loco, piénsalo. El único que puede decirlo y probarlo soy yo.

EL. *(Volviendo a abatirse.)* ¡Mi pobre madre!

AMIGO. Las medicinas malas es mejor tomarlas a las buenas. Ea, levántate.

EL. No puedo... Quisiera estar bajo tierra, muy hondo. ¡Se debiera tener más miedo a matar que a morir!

AMIGO. Déjate de frases. Apenas arranque el tren, te distraerás. Mete un par de mudas en un maletín y recógeme en mi casa antes de una hora... París ayuda mucho a consolar, ya verás. Aquí sería un lío grave, créeme. Gravísimo. *(La Madre de El llega acongojada por la izquierda.)*

M. EL. No puedo más: ni al lado de la niña logro estar tranquila. Dime. . Dígame usted. *(Sin poder contenerse.)* ¡Usted lo ha obligado a hacer algo malo!

AMIGO. Señora...

EL. *(Abrazándose a su madre infantilmente.)* ¡Ay, mamá!... No me toques las manos: ¡tienen sangre!

M. EL. ¿Sangre?... ¿Matar tú?

EL. ¡No me toques!... ¡No me beses!

M. EL. ¡Aunque tuvieran toda la sangre del mundo las besaría lo mismo! No llores así. Te confesarás con el padre Sebastián y él te absolverá... Déjame besártelas... ¡Mis manos queridas! ¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!... *(El solloza sin ruido bajo las desbordadas caricias maternales. El Amigo, que ha estado desde el comienzo de la escena en segundo término, interviene.)*

AMIGO. Dile a tu madre lo que estoy haciendo por ti. Cómo te he sostenido; cómo estoy dispuesto a salvarte.

EL. Sí, mamá... Sin él me meterían preso; nos deshonraríamos.

M. EL. ¿Preso tú? ¿Pero es que no hay justicia? *(Volviéndose desesperada hacia El Amigo.)* ¡Per-

dóneme y sálvemelo!... ¡Iré a arrodillarme ante los jueces! ¡Venderé cuanto tengo!... No me guarde rencor por lo que le dije.

AMIGO. Por Dios... Cálmese. Sólo con que siga mis instrucciones se arreglará todo. *(Suena un timbre dentro. El se alza de un salto con terror infantil. Su madre se abalanza a la puerta del fondo dispuesta a defenderlo.)*

EL. ¡Es por mí!

M. EL. ¡Nadie te hará nada mientras yo viva!

AMIGO. No se pongan así. Hay que conservar la serenidad. Entren ustedes ahí y yo abriré. A lo mejor no es nada. Por mal que vinieran las cosas siempre habría tiempo.

M. EL. ¡Hijo mío! ¡Hijo mío! *(Madre e hijo salen por la derecha al mismo tiempo que El Amigo por el fondo. La escena sólo queda vacía un instante, tras el cual entran El Amigo y El Padrino.)*

AMIGO. No sé si están. De veras.

PADRI. Es algo urgente; hágame el favor.

AMIGO. ¿Y en caso de que no estén?...

PADRI. *(En tono seco.)* Estoy dispuesto a esperar hasta que lleguen o hasta que salgan. Usted verá.

AMIGO. Siendo así...

PADRI. Vaya a avisar. Es lo mejor. Gracias. *(El Amigo sale por la derecha. El Padrino observa la habitación con silenciosos signos de contrariedad, y luego va junto a la chimenea y tiende las manos hacia el fuego. En ese momento en que está de espaldas a la puerta de la derecha y a la del fondo, El Amigo sale furtivamente de la primera a la segunda y desaparece. Casi en seguida La Madre de El surge. Al ruido, El Padrino se vuelve.)*

M. EL. ¿Usted?

PADRI. No me haga ningún cargo, señora. No tenemos tiempo. ¿Es cierto lo que alguien acaba de avisarme?

M. EL. No sé qué quiere usted decir.

PADRI. Miente usted mal y eso la honra. ¿Es cierto?

M. EL. Ignoro con qué derecho me pregunta.

PADRI. No sea injusta. Si yo le confesara...

M. EL. No tengo autoridad para oír pecados.

PADRI. Hasta el más humilde tiene el deber de oír los que pretenden redimirse. Vengo a aliarme con usted en un trance grave; y no por generosidad, sino por ejercer, siquiera tardíamente, el derecho doloroso de padre.

M. EL. No lo entiendo.

PADRI. Me haría usted pensar demasiado bien de la sociedad si no hubieran llegado hasta usted rumores acerca del pasado de la madre de su nuera y del mío. No eran calumnias, no.

M. EL. ¡Qué vergüenza! No merecía eso nuestro apellido. ¡Una mujer sin nombre! No comprendo que un caballero pueda olvidar así sus deberes...

PADRI. *(Interrumpiéndola con viva amargura.)* ¡Usted estima más al caballero que al hombre, que al padre, ya harto castigado, que viene a auxiliarla! Cuando sepa lo que yo sé, lamentará que existan ciertas funestas prácticas llamadas lances entre caballeros precisamente.

M. EL. *(Descubriendo de pronto su realidad íntima.)* ¿Qué dice usted?

PADRI. Ahora debía preguntarle yo con qué derecho me interroga. Pero no tendré esa crueldad. Su hijo ha herido en duelo.

M. EL. *(Con súbita esperanza.)* ¿Herido nada más?

PADRI. ¡Ha matado! El, tirador casi profesional, ha matado a un hombre indefenso, a un...

M. EL. ¡Ha sido por coquetería de ella! De su hija, sí... Pero, no me haga caso... No sé lo que me digo. ¿Es verdad que quiere usted ayudarme a salvarlo?

PADRI. Sí. ¡Cuánto ha tardado en comprender! Hay que sacarlo de España en seguida.

M. EL. Eso dice su amigo.

PADRI. Ese amigo, ese caballero, no me gusta. Si quiere usted que el salvamento no sea sólo de cuerpo, confiese a mí y permítame encaminarlo sin

complicidades dudosas hacia un lugar donde sólo pueda procurarse el olvido con el trabajo.

M. EL. ¡Sí... sí!... ¡El es bueno, ya verá!... ¡Ah si nos hubiéramos conocido antes!

PADRI. Tarde o pronto, esas son las dos palabras burlescas del Destino. ¿Dónde está él? Llámelo. Irá hasta la frontera en mi mismo coche, conmigo.

M. EL. *(Yendo exaltada hasta la puerta de la derecha.)* ¡Hijo!... ¡Hijo! *(El sale y coge con efusiva gratitud la diestra del Padrino. Su emoción es tan grande que tarda unos segundos en poder hablar.)*

EL. ¡Gracias!

PADRI. Animo... Todos los días pueden ser año nuevo. En vez de preocuparse del daño, ya irreparable, fíjese en que está usted ante dos caminos, y elija bien.

EL. ¡Quisiera estar muerto!... ¡Tengo asco... tengo miedo de mí! *(La Madre aparece en la puerta de la izquierda. La primera palabra, casi un grito, la dice dentro aún. Al ver al Padrino trata de reportarse.)*

MADRE. ¡Señora... Ah... Venga, haga el favor.

M. EL. ¿Qué es?

MADRE. Venga; corra.

M. EL. *(Al Padrino.)* Un momento. ¡Dios mío! *(Las dos mujeres salen por la izquierda. Como si estuviera sostenido por la presencia de su madre, El tiene, al quedar a solas con El Padrino, un repentino encorvamiento. La voz del Padrino se hace entonces más blanda.)*

PADRI. No tenga asco, ni miedo de sí. Quizá hay algo bueno en usted, que usted ni sospecha.

EL. Me arde la cabeza. Déjeme abrir la ventana... No, no es para tirarme... ¡Qué noche tan negra! Salir así... Irme, quién sabe si para siempre, de los que no sabían que eran tan míos. ¡Solo!

PADRI. Sufra bien. Los dolores que creemos ahogar, resucitan. Cuando supe que había tenido una

hija; que había dado una vida, tuve esperanza... ¡Ha sido preciso que quitara una vida para que el muñeco dejara paso en usted al hombre, casi niño aún, que tiene miedo de la noche.

EL. ¡Sí, quiero irme!... ¡Ahora mismo, antes de que vuelva!

PADRI. Vamos.

EL. *(Con repentino titubeo.)* Cojo en un segundo un poco de ropa y...

PADRI. No, deje todo... ropa nueva... Todo en la vida se lo dieron hecho a la medida, y eso lo perdió. Hágase desde hoy a la medida de la vida.

EL. *(En un desesperado arranque.)* ¡Vamos!... *(Se dirige hacia la puerta del fondo, seguido del Padrino. Cuando van a salir, surge, cortándoles el paso, Ella.)*

ELLA. ¡Jesús! Ya podían salir con más cuidado. *(Frívolamente, con mal humor, pero sin seriedad.)* Hoy parece que todo el mundo se empeña en asustarme. La tómbola estaba de lo más aburrida; y eso que no... *(A El.)* Ya supondrás que todo eran cuchicheos. Claro, ¡después de la brutalidad de ayer!... A mí nadie se ha atrevido a decirme nada. ¡No faltaba más! Pero pasar yo y oirse un run-run, todo era uno. La jorobada esa que me tiene tanta envidia, no hacía más que rondarme... Nada, que he sido la protagonista de la tarde gracias a ti, que te preocupas de que tu mujer brille. Puedes estar contento... ¡Mira que darle una bofetada, sin motivo, igual que un carretero!... Pero, ¿por qué calláis así? ¿Por qué me mira usted de ese modo y tú no me miras? *(Asustándose gradualmente.)* ¿Pasa algo? ¿Es que no está mejor la nena? ¡Hablen de una vez, que me dan miedo!

PADRI. ¡Tú sí que me das miedo! Tu frivolidad es, a la vez, estúpida y terrible. Ni siquiera tienes seso para extrañarte de verme aquí.

ELLA. Pues es verdad... ¿Seré distraída? *(Otra vez*

*frívola y mimosa.)* Eso quiere decir que debía venir más a menudo para que su ahijada no tuviera que extrañarse de verlo. *(Reparando en El, que hace mudas y angustiosas señas al Padrino.)* Pero, ¿tú dónde vas? ¿Por qué tienes esa cara? ¿Ya has bebido?

EL. No, no he bebido ni beberé más. Si bebiendo pudiera olvidar lo que he hecho...

PADRI. ¡Calle!

ELLA. No, habla. Quiero saber.

PADRI. Hasta mala curiosa eres: preguntas y no buscas. Nada te dicen el corazón ni la conciencia.

ELLA. No tienen qué decirme, puesto que nada he hecho.

EL. ¡Que nada has hecho!...

ELLA. ¡Nada! ¡Nada!

PADRI. Pero mucho has dejado de hacer. *(Ella va a seguir, rabiosa; mas El Padrino la contiene.)* ¡Ten siquiera instinto y piedad! Lo que para ti sólo es otra disputa, para él es un sufrimiento horrible.

ELLA. ¿Y yo no sufro? ¿Yo que recibo malos tratos, y golpes, y hasta calumnias, no sufro?

EL. ¡Mira lo que has hecho de mí: un asesino, un hombre acabado ya para siempre!

PADRI. Eso no.

ELLA. Calle usted. Déjelo hablar. Di todo... No me importa que esté él delante...

PADRI. Ojalá fueras capaz de resistir el cáustico de la verdad.

ELLA. ¡Habla, habla!

PADRI. Hable, sí.

EL. *(El tono de Ella lo hace casi reaccionar coléricamente; pero cuando va a hablar, las palabras se le resisten.)* ¡No puedo!... ¡No puedo!

ELLA. *(Al Padrino.)* ¿Ve? *(A El.)* Confiesa que, sea lo que sea, la culpa es tuya.

EL. *(Resolviéndose.)* ¡Toda no!

ELLA. ¡Sí!

EL. *(Con sinceridad honda, que pasa sobre el deseo colérico.)* Tienes razón... ¡Mía, mía... mía

sola, sí! ¡Bien castigado estoy!... ¡Perdóname éste que es el último daño que hago! *(Y, vencido, con el último resto de energía, huye por el fondo.)*

ELLA. Pero, ¿se ha vuelto loco? ¿Dónde va?

PADRI. No se ha vuelto loco, ¡se ha vuelto hombre! Y se va, quién sabe si para siempre...

ELLA. *(Aun con argucias de chicuela en la voz.)* Yo no he hecho nada, se lo juro.

PADRI. No huyas más de la responsabilidad; no hagas que él, que no es nada mío y que ha matado, me inspire más lástima que tú.

ELLA. ¿Que él ha matado? ¿A Santiesteban? Pero, ¿cómo? ¿A traición? ¿En desafío? ¡No es posible! Dígame usted que esto es una pesadilla. ¡Yo casada con un asesino! ¡Y deshonrada, y sin poder probar que no he tenido culpa! ¡Es espantoso! ¡Que se vaya, sí!... ¡Yo también quiero irme con mi madre!... ¡Llévame! *(Levanta progresivamente la voz hasta acabar casi en un grito. La Madre aparece en la puerta de la izquierda.)*

MADRE. ¡Silencio! Baje *usté* la voz.

ELLA. ¡Quiero gritar! ¡Quiero que me lleven!

MADRE. ¡Y quiere acabar también con el angelito! ¡Como no ha tenido otro trabajo que el de traerlo al mundo!... Hemos *tenío* que ponerle hielo en la cabeza.

ELLA. *(Yendo a la puerta de la izquierda, donde la detiene La Madre.)* ¡Déjeme pasar!

MADRE. ¡No! *(Al Padrino.)* Ayúdeme... Sujétela: allí no haría más que estorbar.

PADRI. Ven acá... ¡Quieta! *(Ella decae inesperadamente y se deja llevar por El Padrino. Mientras, La Madre sale y cierra tras sí. Al llegar al centro de la escena cae en uno de los sillones y rompe en ese llanto sin nervios, manso e inconfundible, que viene de lo más profundo del ser.)*

ELLA. ¡Dios mío!... ¡Dios mío!

PADRI. ¡Al fin! ¡Ya eres también mujer! Lo que no quisísteis aprender por las buenas y en mucho

tiempo, el dolor os lo ha enseñado en una hora. ¡Sufre como esposa y como madre!... Y ahora que todo mi corazón está contigo, te he de dejar. *(En voz más baja y honda.)* Hija mía. ¡Llora!... ¡Llora! *(Por el balcón abierto se oye la bocina del automóvil. El Padrino titubea un segundo entre acudir al dolor de Ella y al que desde fuera le llama, y sale rápido por el fondo. Tras unos instantes de sollozar, Ella se yergue y va hasta el balcón, dolorosamente, para gritar en un desgarramiento repentino.)* ¡No te vayas!... ¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Ven!... ¡¡Te has ido!! *(Curvada por el golpe invisible, vuelve su mirada sin rumbo a la escena, y al fijarlo en la puerta de la izquierda, el rostro se le ilumina.)* ¡Ah, mi hija!... ¡Mi hija de mis entrañas!... ¡Abrid!... ¡¡Es mi hija!! *(Golpea, golpea en vano la puerta cerrada por dentro, y tras el esfuerzo de energía rabiosa, su resistencia se rompe y la voz sólo halla una sola súplica obstinada, infantil, que repite mientras va cayendo, poco a poco, junto a la puerta.)* ¡Déjenme entrar!... ¡Déjenme entrar!... ¡Déjenme entrar!

TELÓN

# ACTO TERCERO

# ACTO TERCERO

Habitación en un caserío africano situado entre el mar y una factoría naciente. Sobre las paredes encaladas, mapas, avisos impresos y un calendario. Al fondo derecha, una ventana de doble ojive y columnitas finas; en el mismo testero, a la izquierda, puerta pintada de gris rematada por un arco lleno de cristalitos policromos. En el rincón más próximo a la ventana, colgado de las dos paredes que lo forman, un tapiz pobre y ante él, formando estrado, otro tapiz con algunos cojines. A ambos lados, sendas puertas comunican con las habitaciones interiores. Una mesa y varios taburetes ochavados amueblan la estancia.

*(Al empezar la acción se ve, al través del ventanal, sobre una colina árida, el morabo, bajo y cuadrado, con su cúpula semiesférica, y, al través de la puerta del fondo, el nacimiento de una calleja, en cuya esquina, sentado en tierra, con una esterilla desplegada ante sí, un Mendigo astroso pide limosna en ininteligible salmodia, de la que sólo se destacan los sonidos de la jota y la ele. El, ante la mesa, consulta notas y las asienta en un librote de comercio. Viste pantalón azul, polainas y camisa floja. Los soles y las fatigas lo han tostado y ennegrecido mucho. Al otro lado de la mesa, apurando regaladamente un vaso, está El Patriota—hombre cetrino, como de cincuenta años—, que sigue con la mirada los caprichos del humo de su pipa. Sentada en los cojines del estrado, con tímidos ademanes de bestezuela, tan pronto atenta a un libro de estampas que hojea, como a algo que espera ver llegar por la puerta de la derecha, una morita, casi niña, vestida con parda túnica ceñida al talle por ancha tela a rayas. Es El Angel. Lleva los pies descalzos,*

*algunos tatuajes sobre los brazos y la cara, y la cabeza cubierta con un pañuelo desteñido, del que se escapa la trenza pintada de alheña. La Madre, vestida casi igual que en los anteriores actos, mira, de espaldas a la escena, cómo la blancura de las casas empieza a desvanecerse en el crepúsculo, que es noche estrellada poco después.)*

PATRI. *(Dirigiéndose al Angel, que le sonríe sin responder.)* ¿No te aburres de esperar a que salga la señora a darte el caramelo? Antes no venías nunca por aquí.

MADRE. Se divierte mirando estampas. Ya la hacía falta un buen *fregao,* que *da grima* verla tan sucia. *(Un breve silencio. El Patriota se fija en El después de paladear un sorbo.)* Deje usted ya el trabajo.

EL. Aun se ve.

PATRI. Menos mal que el siroco no ha hecho más que amagar. Ayer sabía a arena la boca. Hoy siquiera se suda. *(Enjugándose la frente.)* ¡Ah!... Un calor grande y no poder sudar, es como una gran pena que no puede llorarse.

EL. *(Alzando la cabeza y mirándolo atentamente.)* Ha hecho usted una buena comparación. *(Torna a abismarse en la faena. Hay otro corto silencio, que no logra borrar el plañir del Mendigo. El Patriota vuelve a llenar su vaso.)*

PATRI. ¿Qué, no se decide? Un trago siquiera.

EL. Gracias, ya sabe usted que no.

PATRI. Ahora no tendrá ya mérito su abstinencia. Para usted con su mujer aquí, esto será otra cosa; pero antes... No creí yo que resistiera los seis meses. Aquí la soledad es dura. Se recuerdan hasta las cosas más tontas de la patria, y acaba uno por embrutecerse para no sufrir demasiado. ¿Nunca ha bebido usted?

EL. *(Después de titubear un segundo.)* No, nunca. *(Intentando concentrar de nuevo la atención.)* ¡Ese pobre con su cantinela!... Le costaría menos trabajo trabajar.

PATRI. *(Levantándose y yendo a la puerta del fondo.)* Ah, ¿le estorba? Ahora verá usted. *(Increpando al Mendigo.)* ¡Balec! ¡Rorró! ¡Benkel!... ¿No me oyes? ¡Rorró!... ¡Largo de ahí! No hagas que no entiendes, que para pedir y engañar todos entendéis... ¡Largo! *(El Mendigo recoge su esterilla, responde con un vago ademán y se aleja. Cuando El Patriota vuelve al centro de la escena, El se levanta y cierra el libro.)*

EL. Haberlo dejado en paz. ¡Pobre hombre!

PATRI. Cuando lieve aquí quince años ya sabrá quiénes son y no les tendrá lástima. ¿Apuntó usted la partida de las herramientas?

EL. Sí. Y las consignaciones y el costo de la caravana. Al llegar los ingenieros todo estará listo. La Compañía puede estar contenta.

PATRI. Nunca se sabe cuándo las Compañías están contentas. Cuándo no lo están, sí. Siempre hay un cochino inspector que lo dice. ¿Se va usted?

EL. Al huerto, a ver si cavo un rato; y si no, aunque sea a sacar agua del pozo. Hay que desentumecerse: le conviene al cuerpo y a la imaginación.

PATRI. Al cuerpo, puede. Para la imaginación prefiero esto. *(El Patriota señala al vaso y lo apura otra vez. El dice a La Madre, a tiempo de salir por la izquierda.)*

EL. Estoy ahí fuera. Dígaselo a la señorita, por si quiere algo.

MADRE. Sí, señor, sí.

PATRI. ¿Qué, se ha cansado ya de ver al morabito en su puerta? Para usted resultará distraído.

MADRE. ¡Hay que ver lo grande que es el mundo! ¡Y yo que me tenía casi *creío* que acababa en los Carabancheles, señor! Lo que más me ha *impresionao* es la mar. La había *oío* ponderar mucho a una *cuñá* mía, *mu* perra por cierto; pero en eso es en lo único que no exageró.

PATRI. ¿Y usted vino sólo por acompañarla? Ya podía haberla traído su madre... A no ser que sea

usted una criada muy antigua. *(Al ver la cara hosca con que La Madre acoge sus sondeos.)* No se ponga en guardia como ayer, que no es curiosidad... Lo que sí le digo es que este hombre, si su mujer no llega a venir, no vive el año. Tiene algo que lo trabaja por dentro... Da pena. A mí no me importa la vida de nadie; he tenido compañeros de todas clases; parlanchines, metidos en sí... De todas. Y no me he metido nunca en sus vidas.

MADRE. Más vale así. No hay cosa peor que la *curiosidá. (Para cambiar de conversación.)* ¿Es verdad que es *usté* de *Madri?*

PATRI. Del mismo corazón: de una calle que ya deben habérsela tragado las calles nuevas.

MADRE. ¿Y se apaña a vivir en estas tierras años y años?

PATRI. Uno no se apaña; lo apañan.

MADRE. *Pos* a mí no me haría ninguna gracia morirme aquí.

PATRI. Ni a mí. Y no crea que eso de morir es aquí tan difícil, que la vida por estas tierras es más barata que la carne y el pan.

MADRE. *Pos* véngase mañana conmigo.

PATRI. No me lo diga mucho... Todas las noches sueño con volver. Yo no rezo, la verdad; pero una oración a mi Madrid sí que la digo con el corazón. A veces me pongo a pensar, a pensar... aunque sea en la torre de Santa Cruz, y se me aguan los ojos. ¡Y no voy!... No sé por qué. Al principio, por no tener dinero; luego, porque iban pasando los años y me llegaban noticias de cambios, de muertes... Después, por miedo a no conocer ya ni lugares ni gentes y a perder esta ilusión que es lo único que diferencia mi vida de la de un animal. Pero se me pasan los años y no voy... No me atrevo.

MADRE. ¡Maquinaciones tontas! Coja *usté* sus ochavos y véngase mañana a comer el pan de libreta, que es el mejor del mundo. *(La morita se ha levantado hace algunos momentos, tan furtiva-*

*mente, que cuando se dan cuenta ya les sonríe desde la puerta del fondo, por donde sale.)*

MADRE. Ya se ha *cansao* de ver estampas. Esta mañana vino cuando *ustés* estaban en la mina.

PATRI. Parece que le ha tomado apego a su señora.

MADRE. Y ella también le ha *tomao* ley y le da caramelos. Dice que se parece a un ángel de no sé qué cuadro. Cara de alma de Dios sí que tiene. Pero a mí no me cabe en la cabeza que *haiga* un ángel moro.

PATRI. *(Sonriendo.)* Todo podría ser.

MADRE. Y que lo diga. Un demonio conocí yo que tenía cara de cristiano, y aunque no echaba azufre por la boca, lo tuve que espantar de la casa.

PATRI. *(Burlón.)* ¿Con oraciones?

MADRE. Con una estaca. Lo esperé una tarde ya oscuro, y le arreé con *toas* mis fuerzas diciéndole que era un encarguito que me mandaban de aquí. *(A la morita, que vuelve otra vez a asomarse.)* La señorita no sale aún; pero no tardará, y ya verás cómo no se olvida de tu golosina, ¿entiendes? *(El Angel asiente vivamente con la cabeza y se va.)*

PATRI. Ahí donde la ve, y a pesar de tener cara de ángel, lleva más palos que ese demonio de que usted hablaba. Su padre es un morazo bestia que quiere curtirle la piel.

MADRE. ¿Y no tiene una madre con los pantalones bien puestos *pa* que se la quite de entre las manos a ese hereje? *(El llega sudoroso por la izquierda, trayendo un azadón al hombro.)*

EL. Aunque se ha ido el siroco todavía está pesado el aire: sólo unos minutos de cavar y me he rendido.

PATRI. Es que trabaja usted con furia. Parece que quisiera emborracharse de fatiga.

EL. ¡Si se pudiera!... Pero hay días que tendría uno que trabajar no sé cuántas horas para dormir siquiera una bien. *(Entra por la derecha Ella. El vestido negro, la falta de afeites y el*

*peinado sin rizos, imprimen a su belleza un acento nuevo. Apenas se da cuenta de su llegada, El, que está jugueteando inconscientemente con el azadón, se fija en el filo, se turba y lo arroja lejos. Ella adivina y baja la cabeza, turbada también.)*

ELLA. Ya escribí las dos cartas. ¿Tú no vas a poner unas líneas?

EL. *(Bruscamente.)* ¡No... no! *(Suavizando el tono.)* No sé cómo escribir.

ELLA. Firma siquiera.

EL. Sí, bueno.

ELLA. Si no, se creerán que me has recibido a disgusto.

EL. ¡Oh, no! Firmaré. Trae. No es por eso. *(Con torpe efusión.)* Yo escribiría; pero es difícil... Para llenar siquiera una cara hay que decir algo... Habría que mentir, y... ¡no... no, no quiero!

ELLA. Deja entonces.

EL. *(Dirigiéndose emocionado al Patriota.)* Deme el sorbo de wisky que me ofrecía antes. Me arde el pecho.

PATRI. Ya le decía yo... Tome usted.

ELLA. *(Yendo hasta El tímidamente.)* ¿Vas a beber?

EL. *(Rechazando el vaso.)* No, deje... Beberé agua o me aguantaré. Así como así el alcohol no iba a quitarme lo que tengo. *(La Madre, que se ha acercado desde hace un momento a la ventana, y que, fingiendo interesarse por lo de fuera, espía las palabras de los dos, llama al Patriota.)*

MADRE. Venga a ver... ¡Vaya noche *estrellá*, parece que han *regao* polvo de luna! ¡Y yo que creía que los moros no tendrían cielo!

PATRI. *(Yendo hacia el fondo.)* Encenderemos para que no tenga usted ideas románticas. *(Mientras El Patriota enciende el quinqué, El se acerca a Ella y le coge las cartas. Un instante parece que van a hablar, y La Madre, desde la ventana sonríe; pero, de pronto, movido por*

*una repulsión súbita, El se separa y dice al Patriota con presurosa voz.)*

EL. Vamos a casa del comisario a rectificar eso.

PATRI. ¿Ahora? Déjelo usted para mañana; tiempo hay.

EL. No, ahora... Es aquí mismo.

PATRI. Ya lo sé. Por mí...

EL. Hasta luego.

MADRE. *(Con decepción visible.)* Vayan ustedes con Dios. *(El Patriota se encoge de hombros y sale por el fondo detrás de El, que ha recogido el libro de encima de la mesa. Al quedar solas, Ella se dirige a La Madre, desconsolada.)*

ELLA. ¿Ve usted? No quiere hablarme. Debe tenerme odio... ¡Con razón!

MADRE. Ahora ha sido él, bien lo he visto; pero esta mañana fué *usté* la que huyó.

ELLA. Es verdad. En cuanto nos quedamos solos pasa lo mismo. Las palabras que nos ha oído usted son las que hemos hablado.

MADRE. Pues ahora creí que iba a ser; por eso llamé al pobre hombre ése a la ventana.

ELLA. Hasta las palabras más sencillas tienen para nosotros plomo y fuego.

MADRE. ¿Y por las noches?

ELLA. Por las noches, peor. Nos sentimos despiertos, sin atrevernos ni a suspirar, porque el menor ruido es peor que un látigo. Y así pasan las horas... Ayer, cuando me preguntó usted, no le dije la verdad; me dió vergüenza... Yo duermo en la cama, y él sobre las pieles de camello, vestido.

MADRE. Ya me lo había yo *barruntao.*

ELLA. Esta tortura es casi peor que los seis meses que he pasado allá. ¡Y la ilusión que yo llegué a tener! Me parecía que ahora es cuando me iba a casar de veras. Todo ha sido inútil, inútil... ¡Si es verdad que me quiere, lléveme mañana!

MADRE. ¡Quite allá! Que iba a pasar esto también me lo había *barruntao.* Por eso me avine a traer-

la. Su madre, que es como es, se hubiera *ablandao* ahora, la hubiera vuelto a llevar *pa* allá, y *to perdio*. *Usté* se queda aquí pase lo que pase. *Usté* no ha *venío* por que sí; *usté* ha *venío* por algo muy grande.

ELLA. ¿Por qué... ¿Por qué?

MADRE. *(Tierna y brutal.)* ¡Por otro hijo!... *Pa* pagar la deuda de la que se nos fué, *pa* olvidar su risa con otra risa y borrar los días negros. Yo debía haberme *marchao* ya, sin lástima. Porque soy un recuerdo de lo que hay que olvidar. Cuando yo me vaya se parecerán otros, y se querrán, y tendrán el hijo, que ojalá sea un querubín como la que se nos fué; y cuando esté *pa* llegar, *usté* me escribe y yo dejo *to* y vuelvo a cambiar la peseta en el barco con mucho gusto, *pa* que sean estos brazos y no otros los que la reciban... ¡Ya sonríe!

ELLA. No me engañe con promesas... ¡Ah, si eso ocurriese ahora! El habrá hecho daño a otros con sus cosas, pero a mí no; mientras que yo se lo he hecho a él... A veces, cuando le veo esa cara de sombra que se le ha puesto, me dan ganas de caer de rodillas. Y le tengo miedo, y deseo que se vaya y que venga, y tiemblo sólo con oír su voz, y me como los pedacitos de pan que deja, ya ve usted... Y ahora mismo, antes de salir, fuí y me eché sobre las pieles de camello para sentirlo un poco. *(Esconde la cabeza entre las manos, con un sollozo blando. La Madre se acerca a acariciarla.)*

MADRE. ¡Pobre hija! ¡Con lo feliz que podías ser!... La he vuelto a tutear como aquella noche.

ELLA. *(Alzando la cabeza.)* Gracias... *(Desde hace un momento El Angel ha surgido en la puerta del fondo, y desde allí, con gran esfuerzo mental, que la hace contraer la carita, trata de penetrar el sentido de las palabras. Las dos mujeres se dan, de pronto, cuenta de su presencia, y se asustan.)*

ELLA. Ah... Eres tú... Me asustó,

MADRE. Y a mí también, diablo, digo ángel.

ANGEL. *(Dirigiéndose solo a Ella con seriedad infantil.)* Tú no atreverte... Tú haber hecho algo malo y no atreverte.

MADRE. ¡Mira cómo se fija!

ANGEL. No atreverte porque él pegar... ¡Pun... pun!

MADRE. Ya sabe de solfa.

ANGEL. Tú no tener miedo. Tú no pensar que luego él saber, y pegar más. Mejor decir todo pronto. Hay que pagar siempre cosas malas. Dolor miedo, mayor que dolor palo.

ELLA. ¿Quién te lo ha dicho?

ANGEL. Yo también hacer cosas malas. Mi padre pegar, y pasar luego. Yo querer tú mucho, por eso hablar tú.

MADRE. ¿No decía *usté* que parece un ángel?

ELLA. ¡Y puede que lo sea! En todas las vidas, hasta en las cosas más pequeñas, tenemos nuestro demonio y nuestro ángel, sólo que no sabemos fijarnos.

ANGEL. Si tú no atreverte, yo decir... Yo cuando ser cosa mala, muy mala, no atrever también, y entonces mandar hermano chico y él decir; y padre venir, pegar fuerte, y después olvidarse todo... todo; pasar todo.

MADRE. ¿Y nunca te deja pasar una sin pegarte? Ya se ve que es padre y no madre.

ANGEL. Después de pegar, sí... El perdonar... ¡El querer mucho! Pegar sólo palo, fusila no... Fusila sólo tirar guerra. ¡Pan... pan... pan! Fusila matar.

ELLA. ¡Pobrecilla!

MADRE. ¡Si yo me quedara aquí, al morazo ése lo esnucaba!

ELLA. *(Casi para sí.)* Viene a que yo le dé una golosina, ¡y, en cambio, qué lección me da!: "¡Hay que pagar siempre las cosas malas!" *(A La Madre.)* Puede usted irse. ¡Seré fuerte! ¡Pagaré en sacrificios lo que pueda pagar de mi culpa! Dígale a mi madre y a mi padrino... *(Desde que calló y Ella y La Madre dejaron de*

*fijarse en El, El Angel ha ido retrocediendo furtivamente hasta la puerta del fondo, desde donde echa a correr hacia la calle. El ruido de la fuga corta las palabras de Ella. Sobresaltada.)* ¿Qué es?

MADRE. La morita, se ha ido.

ELLA. Siempre va y viene así.

MADRE. Mal modo *pa* gentes nerviosas.

ELLA. Tal vez haya hecho algo malo y quiera predicarme con el ejemplo. No sabe que en esta vida no todo se puede pagar.

MADRE. ¿Quiere *usté* dejar ese tono de echadora de cartas? Vamos a lo práctico; y sin lagrimitas ni palabras que no resuelven *na*, puesto que mañana me voy, déjeme cumplir la encomienda que su padrino me encargó.

ELLA. Diga.

MADRE. No es de decir: es de dar. Aquí está

ELLA. ¿Qué es?

MADRE. *(Sacando del interior del justillo un paquete.)* Por lo pronto esto. Creo que son billetes *pa* si en un pronto se le ocurre algo. Luego esto otro que me dijo que era de mucha valía.

ELLA. *(Desenvolviendo sobre la mesa el segundo paquete que La Madre le da.)* ¡Ah!

MADRE. Con el luto de nuestra pitusa no me parece bien que se lo ponga. *Talmente* es una *divinidá*, como esos que hay en los bazares.

ELLA. ¡Mi collar! Sólo me lo puse una vez... Ofrecieron dármelo cuando me casara, y no me lo dan hasta hoy... ¡Quién sabe si sea un aviso del cielo!... En todo veo señales. Hace unos meses tener este collar hubiera sido para mí la mayor dicha, ¡y ahora!... ¡De buena gana lo tiraba!

MADRE. No sea loca. Los días pasan igual que esas cuentas, y vuelven los buenos... Ya verá si llega el hijo cómo se lo pone, ¡o se lo da pa jugar, que es mejor!... ¡El oro del Perú le habría yo *dao* a la que se nos fué! ¡Vaya, ánimo! *(Por el fondo, arrastrado de una mano*

*por El Angel, llega El. Cuando están ya dentro, El Angel lo suelta, sonríe y lo empuja hacia Ella suavemente.)*

MADRE. ¿Eh?...

EL. ¿Qué quiere decir esto?

ANGEL. Ella haber hecho cosa mala, no atrever decir tú... Ella querer ser buena.

ELLA. *(Con el alma entera en la voz.)* ¡Sí!

EL. ¿Tú no me mandaste a buscar? *(Bruscamente al Angel.)* ¿Por qué me has traído?

ELLA. No la trates así.

ANGEL. *(Volviendo a sonreir.)* Tú pegar... pero no pegar palo; yo pedir... Después todos contentos.

EL. ¿Qué dice? ¿Que yo he de pegarte? ¿Crees que yo sería capaz de pegarte?

ELLA. ¡Ojalá!... Más daño me haces golpeándome con tu silencio desde que vine, que me harías pegándome de veras.

EL. *(Con amargo reproche.)* ¿Me has hablado tú a mí? ¿Me has consolado en esta pena que me ahoga? ¿Qué me has dicho cuendo de noche te he estado pidiendo una limosna de palabras?

ELLA. Tienes razón.

ANGEL. Mejor reñir sólo, no pegar... Yo estar contento si tú no pegar... Yo quererte mucho.

MADRE. Cállate... Ven... El es bueno y no le pega nunca... Yo te daré los caramelos. Ven. *(Siempre sonriendo, feliz, la morita, suavemente empujada por La Madre, sale por la derecha. La Madre la sigue. Al quedar solos hay entre los dos una pausa muda en la que los espíritus se recogen. Después, las palabras fluyen rápidas casi húmedas de llanto.)*

ELLA. ¡Ya no podemos callar más!

EL. Cualquiera cosa que nos digamos nos hará menos daño que este silencio.

ELLA. *(Intentando arrodillarse.)* ¡Perdóname!

EL. ¡Levanta!... ¡Si yo tengo más culpa!

ELLA. ¿Más que yo?

EL. Tú no has matado.

ELLA. He sido más cobarde y más mala. ¿Sabes a qué he venido aquí? A que me castigues, a que me juzgues.

EL. El asesino no puede ser juez.

ELLA. Asesinos aún puede haberlos buenos; una mala madre es lo peor de la tierra.

EL. Tú no tuviste quién te diera ejemplo.

ELLA. Las fieras tampoco lo tienen y cuidan a sus hijos... Tú mataste a un extraño, quién sabe si un poco por mi causa; yo dejé morir a nuestra hija.

EL. ¡No, no le abras caminos a mi cobardía! Si queremos que esta tristeza nos sirva de algo, hemos de vaciar el fondo del alma y decirnos hasta lo más inconfesable.

ELLA. Tú te acusas de más.

EL. En mi crimen no tuviste culpa: apenas si fuiste el pretexto. Lo maté fríamente, arteramente, porque le debía. ¿Ves cómo te causo horror? Y no fué sólo entonces cuando fuí malo... Te hice el amor por cálculo, después de saber que tu padrino era muy rico... y era tu padre. Ese collar que ahora pisotearía, me ha tenido desvelado noches y noches.

ELLA. ¡Calla! Si no hubieras tenido malas compañías no habrías sido así; mientras que yo... Por vanidad de tu nombre te hice caso, sin quererte; por vanidad de no faltar a ninguna fiesta desatendí a nuestra hija. ¡Ni un solo día supe ser madre! Al principio hasta la encontraba fea y le tenía una especie de rencor por los dolores que me había hecho pasar... ¿Ves cómo te causo horror también? *(Hay una breve y dolorosa pausa. La distancia se agranda entre ellos, como si los separara una aversión invencible. Después, poco a poco, los rostros se separan y El se acerca.)*

EL. Ya me han dicho lo que luego has sufrido.

ELLA. Ah, no han podido decírtelo todo... Tú no sabes el dolor que puede caber en una hora!

EL. Lo sé, sí... Quizá también en el sufrir poda-

mos igualarnos. Primero le tuve miedo a los muertos, igual que un niño; luego lloré como una mujer. Pensé en matarme; pero la conciencia me decía que era preciso sufrir el castigo de la vida, que es el más duro. Cada día, a fuerza de trabajar hasta rendirme, mudaba la piel y las manos se me iban encalleciendo y agrandando, cual si quisieran hacerse otras... ¡Pero eran las mismas! ¡Y, por las noches, veía en ellas la mancha de la sangre, que no se borra nunca!

ELLA. Yo no sufrí en seguida... Estaba ciega. Pero después... Caí un día como si hubiera habido un rayo dentro de mí. Durante más de un mes creyeron que no podrían salvarme. En el delirio llamaba a nuestra hijita... *(En voz más baja y velada.)* a ti. Y cada niño que veía era una envidia y un remordimiento terribles. He sufrido alucinaciones, pesadillas... Si no hubiera sido por la necesidad de venir a pedirte perdón, habría tomado un veneno, lo mismo que se toma un calmante.

EL. Si yo tuviera que juzgarte, ya no te juzgaría lo mismo. Tú a mí tampoco.

ELLA. Y así tendremos que seguir penando, separados o juntos.

EL. Pero ya sufrir será casi un consuelo. Nuestras vidas tienen ya una causa... Al principio de llegar aquí, cuando entraba en la mina con los trabajadores, durante un largo rato, no veía nada y todos éramos sombras en la sombra del túnel; pero después, poco a poco, no sé si porque nacía una misteriosa claridad o porque los ojos se hacían mejores, empezaba a ver... a adivinar casi, y entonces era hasta mejor que ver por completo, porque distinguía lo que nunca a la luz del día había visto en los hombres: el esfuerzo, la pesadumbre que los encorva... Así te veo ahora. Y ojalá me veas así tú. Pagaremos dolor a dolor nuestra deuda, y seguire-

mos, no separados, sino juntos, apoyándonos el uno en el otro. ¿Quieres?

ELLA. *(Yendo conmovida hacia El.)* ¡Sí!... ¡Sí! *(La Madre aparece tímidamente en la puerta de la derecha, y con voz que quiere parecer, sin lograrlo, jovial, pregunta:)*

MADRE. ¿El beso ya?

ELLA. No, sería injusto.... Sería como si el día naciera antes de tiempo.

EL. Pero si no el beso, las manos... las manos. ¡Nunca nos las habíamos dado así! ¡Manos de amigos, manos de compañeros que han empezado a verse y a tenerse lástima en la noche. *(La Madre, sonríe. Ellos, con las manos trémulas y los ojos en lágrimas, se miran hondamente, mientras cae el telón.)*

FIN DE LA COMEDIA

# EL TEATRO

## OBRAS PUBLICADAS

1 *Lecciones de buen amor,* por Jacinto Benavente.

2 *Cobardías,* por Manuel Linares Rivas.

3 *La señorita está loca,* por Felipe Sassone.

4 *Encarna, la Misterio,* por F. Luque y E. Calonge.

5 *La pluma verde,* por Pedro Muñoz Seca y P. Pérez Fernández.

6 *Madrigal,* por Gregorio Martínez Sierra.

7 *Un marido ideal,* por Oscar Wilde.—Traducción de Ricardo Baeza.

8 *¡Qué hombre tan simpático!,* por Arniches, Paco y Estremera.

9 *Febrerillo el loco,* por S. y J. Alvarez Quintero.

10 *Las canas de don Juan,* por J. I. Luca de Tena.

11 *La garra,* por Manuel Linares Rivas.

12 *La noche clara,* por A. Hernández Catá.

---

LEA USTED Y COLECCIONE TODOS LOS NÚMEROS Y POSEERÁ UNA SELECTA BIBLIOTECA DE OBRAS TEATRALES DE LOS MEJORES AUTORES

LA MAYORIA DE LOS CUALES HAN CONCEDIDO LA

E X C L U S I V A

DE SUS PRODUCCIONES A NUESTRA PUBLICACIÓN

PRENSA MODERNA

A. AGUILERA, 58 - MADRID - APARTADO 8,012

LA NOVELA PASIONAL
50 CTS.

COLECCION OLIMPIA
5 PTAS.

EL LIBRO GALANTE
1 PTA.

EL TEATRO
50 CTS.

PUBLICACIONES